

Alberto Romero.

## GLOSAS DE AYSEN

**C**RUZAMOS la barra con noche, aprovechando la alta marea. A las seis, un toque de sirena, breve, nervioso, despertó al pasaje. Los cuatro viajeros que ocupábamos una cabina estrecha para dos personas, empezamos a vestirnos lentamente, a tropezones.

¿Para qué darse prisa?

En el Puerto no nos aguardaba nada, como no fueran la soledad y el tedio, con los cuales habría que medirse valientemente, hora a hora, Dios sabe cómo y hasta cuándo.

Mirando por el ventanillo del camarote, divisábanse unas siluetas bastas y oscuras como jirones de noche que pasaban cortando las luces del barquichuelo inmóvil entre las jarcias, junto al muelle.

A las seis y media, escuchamos el pitazo de recepción, y casi en seguida la orden de desembarque ¡qué fastidio!

---

Cuando uno sale de improvisa a la cubierta, experimenta una sensación angustiosa, horrible. A derecha e izquierda, hacia el frente, por todas partes surgen las altas paredes de las montañas. El río y el barco parecen los prisioneros de esos fantasmas azules que tronchan la perspectiva, irguiendo sus albas testas en el vacío penumbroso de la alborada.

Perdidos en medio de ese anillo estrecho, fuerte, aplanador, nos sentimos los condenados de una cárcel inaccesible a la evasión y la piedad humana.

Pronto estaremos solos. Y entonces habrá que contemplar noche y día esos monstruos eternamente inmóviles que cierran el paso a los viajeros, mientras arriba la cabellera cana exalta un sueño de libertad, jugueteando con las nubes que se balancean como grupos de hembra en celo.

---

Tenemos un día heladísimo, pero brillante de luz.

Los contrafuertes que amurallan el pueblucho, depone su actitud hostil cuando el sol proyecta su luz frígida en la cima.

Unos carabineros de poncho y sable descomunal, nos observan con mirada recelosa desde el muelle.

Ya en tierra, los cabrestantes del vapor inician el carguío con estrépito.

Con el Gobernador Marítimo, llegan otros, muchos funcionarios a llenar su misión escrutadora. Mantas de castilla, botas, sombreros de anchas alas y rostros amoratados por el hielo matinal ponen una nota de rigidez cuartelaria en el ambiente.

Algo aturridos caminamos en dirección al pueblo, que luce las banderas rezagadas de ese 21 de Mayo vivido en alta mar, como cualquier día.

En partes, caminando sobre altas planchadas de madera, en partes salvando charcos cenagosos, recorremos el pueblo con sus calles en trazo y sus ralos y frágiles edificios.

Estas casas de tabla que por el fondo caen indefensas a un sitio donde pasta el ganado, estos almacenes abarrotados de artículos heterogéneos, los hotelitos y los hombres que, andando en grupos, con paso desorientado, lucen, como los conquistadores de un mun-

do nuevo, peregrinas indumentarias, dan la impresión de un conjunto de cosas de quitar y poner.

Al medio día, solos, los cuatro viajeros vamos en busca de un rincón donde reposar este cansancio de prestidigitadores del tiempo que nos abruma.

Hace hambre, y luego no hay nada que ver.

---

Por la tarde, repentinamente, se descargó el aguacero.

El dueño del hotel, un chileno, hijo de padres alemanes, nos confirma la idea que teníamos del pueblo.

—Esto es aburrido y embrutecedor; en tres años que estoy acá perdí a mi esposa y olvidé el alemán. Cuando pueda, realizaré el negocio y ¡adiós!

A las cuatro y media de la tarde hubo que encender las lámparas a bencina con que los pobladores reemplazan el alumbrado. Los transeuntes van por las calles premunidos de linternas, con las que lo enfocan a uno cuando pasa.

Después de la comida, don Carlos, el hotelero, nos invita a la cocina, donde nos encerramos a tomar mate amargo y dulces de masa junto al fuego.

En esta tierra de gitanería, abunda un tipo de criollo argentinizado que baja del interior con bombacha, boina vasca y habla cantarina.

El churrasco y el mate son un hábito en el territorio. A la puerta de cada rancho hay dispuestos un mate y yerba para los viandantes.

Los chilotes, cuando la trasquila, suben a pie, recorriendo distancias inverosímiles con sus pilchas al hombro. Para matar el hambre, carnean el ganado ajeno y ceban su mate donde cae.

En los hotelitos del puerto hay siempre un departamento de segunda clase para los camineros y gente campesina.

Ahí suelen embriagarse, pero siempre en forma cortés, silenciosa. Hablando de la caponada, del laboreo fatigoso e ingrato, beben y fuman hasta quedarse sin un centavo.

El bar de segunda hiede a tabaco negro, a aguardiente y a ropa mojada. Dentro de él, uno pierde la noción de chilenidad y hasta parece que estuviera viendo una página de Horacio Quiroga, el cuentista de los obrajes del litoral argentino.

---

Hoy contamos doce días de incesante llover.

Al calor de la salamandra leemos el Fouché de Zweig y un potpourri de versos malos que nos dieran en el camino.

No se puede ir a ningún sitio, ni dan deseos de hacer nada.

---

Esta mañana, pasando frente al cuartel de policía divisamos a un infeliz que enseñaba sobre el pecho una pizarra donde se leía la palabra «ladrón».

El hombre, con las manos atadas con esposas por detrás de la espalda, no podía defenderse del aguacero, ni esquivar la mirada de los transeuntes.

¿Es que existe la pena infamante aplicada así o es que la ley desaparece en ciertas latitudes?

Protestamos inútilmente. Al desgraciado había que darlo a conocer y eso era todo.

---

En este pueblo rudo no hay pájaros que alegren las alboradas, ni flores, ni casi mujeres, ni sociabilidad.

El paisaje resulta excesivo y aplastante; la fauna parece pobre, el río atrozmente helado y profundo.

Como escenario para filmar una cinta de aventuras cow-boyescas no tiene precio. Pero para vivir con alguna ilusión, vale poco.

La gente no lee ni tiene la menor inquietud. Falta una iglesia, sobran los campeones del castraje a diente del ganado.

Al final de la población existe un burdel ordinario, en el que las mujeres se embriagan con brutalidad todas las noches, armando unas grescas que han solido terminar con el suicidio.

Daniel de la Vega fracasaría estrepitosamente en este Puerto fluvial tan desprovisto de amores, de candilejas, de organillos y de trenes como los que él pinta en sus cuadros provincianos.

Dos veces por semana amarra un vapor. Es la fiesta del pueblo que alimenta nuestras desesperanzas.

Cuando uno se queja de la precaria vida sentimental, la gente se burla de nosotros, pobres desadaptados.

Hartarse de carne y de vino, ir al burdel algunas noches, tener unas ovejas y caballos, he aquí el máximo de la aspiración.

Metido acá uno hace un papel ridículo.

---

En el bar del «Español» los hombres prominentes juegan al «bidú», utilizando un cubilete con cuatro cartas y unos granos de maíz.

A mí quisieron iniciarme en los misterios del «bidú», pero me pareció demasiado complicado y largo para darse el trabajo de aprenderlo.

Como hay mucha gente aburrída, el «bidú», que se inventó para engañar el tiempo, tiene muchos admiradores apasionados.

---

El periodista del pueblo, en concordancia con su periódico bi-semanal, es un hombre ampuloso, gordo y vacío.

En la gaceta que edita pone los nacimientos, los viajes, las fiestas que digan relación con las autoridades, y por ciento cincuenta pesos redacta artículos necrológicos, alabando a cualquier pobre diablo.

Cuando se enteró de que yo tenía aficiones literarias, sufrió un ataque de risa formidable, negándose a saber nada del «competidor», con que fui presentado.

El periodista local se negó a ser amigo mío, y hasta creo que en el fondo me profesaba un desprecio grande y sincero.

Un hombre irreductible este don Lidio.

---

Frente a Aguas Muertas, cerrando el poblado, el cementerio, limpio y pulcro, con su puertecilla de pagoda y sus cuarteles rigurosamente numerados, más que la idea de la muerte, da un poco la sensación de un librito de contabilidad llevado con mucho orden y aseo.

Casi a la entrada del cementerio, en la parcela de un colono, se alza un coihue magnífico, un inmenso árbol doloroso, un árbol con expresión humana.

El tronco petrificado, recio y enorme, parece un símbolo del cansancio y la angustia que veló la pupila de los agonizantes en la hora final.

Muchas tardes compartimos la soledad meditativa en que yace el buen gigante de la selva.

Es un espectáculo y un poema este coihue desemparedado y generoso que mira al cielo sin rencor, abriendo sus oscuros brazos con la serenidad de un vencido.

---

Don Liborio, el Gobernador Marítimo, es un evadido del molde ruín que oprime a la gitanería local.

El mar templó su espíritu y puso calor humano y comprensión dentro del ánfora invisible.

Sin querer yo supe de las transparencias de ese corazón leal y valeroso.

Y hasta me propuse escribir unas líneas acerca del hombre. Pero don Liborio lo supo y se indignó.

Este don Liborio Vera, que es un hombre antes que nada, defiende su modestia, su ecuanimidad con entereza varonil.

Lo he recordado en estas líneas, porque don Liborio bien se merece un elogio o cuando menos el deseo de decir alguna palabra amable en su honor y alabanza.

---

Dentro del ambiente numérico en que vivimos la libertad para nosotros concluye al final del kilómetro cinco de la carretera que lleva al interior.

El frío intenso nos quita el sueño. Una luna magnífica y el tiempo seco llenan la noche.

A las dos abandonamos el recinto del puerto. La tierra, luminosa de escarcha, cruje bajo el pie con un ruidecito desapacible como de cristal molido. Con la pipa bien cargada casi no sentimos los efectos del frío, de estos diez grados bajo cero que hielan la respiración.

Hay que ir en línea recta, por el camino. Un cielo terso y claro enreda sus estrellas en la nieve que fosforece en la cima de los montes.

Andando, andando, surgen panoramas extraños, rincones de belleza inverosímil.

Del bosque talado, como almas de desolación, asoman unos árboles negros, retorcidos, implorantes, pavorosos, espectrales.

En medio de esta soledad inhumana y viril, nos asedia el silencio; un silencio inamovible, pesado y total; un silencio contagioso y fascinador que lo absorbe todo.

Hablando con nosotros mismos de cosas que se pierden dentro de nosotros como en la lejanía de un sueño, recorreremos la carretera hasta el límite que se nos señaló al venir al Puerto.

El vértigo del vagabundaje sin fin se apodera del espíritu. Camino adelante, la carretera sigue, sigue como víbora luminosa culebreando entre los bosques implorantes.

Un horizonte de montañas encendidas limita la planicie.

Pero ¿cómo definir el terror de lo bello, esta inquietud enpavorecedora que aprieta la garganta, el corazón?

La cita de Maeterlinck se nos viene al recuerdo: «las palabras son tiempo; el silencio, eternidad».

---

Hoy, antes de terminar estos apuntes, organizamos la partida, súbitamente.

Los muchachos se llegaron al muelle para despedir al desertor.

Han venido todos.

Estas glosas humildes son para ellos, los buenos y valerosos en la desesperanza, los nobles en la amistad.

En alta mar, aun resuenan las voces con que regalaron al viajero.

En el palo mayor aulla el viento, después, y ya no se oye nada.